

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Pedro Ángel Palou

“La educación de nuestros héroes” (Fragmento de novela inédita)

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 69, julio-septiembre de 2024, pp. 5-8.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

No se puede encontrar un fármaco para los que ya perdieron la vida.

ÍBICO

Venid, pues, y pasemos una hora de ocio contando historias, y nuestra Historia versará sobre la educación de nuestros héroes.

PLATÓN, *La República*, Libro II

Los mayores, sentados en sus cómodas verandas, mientras sorben infusiones exóticas, ponen en rumor el tema de la decadencia, hablan de él con la voz cascada y la nostalgia de su postración sedentaria; los jóvenes, que creen ignorarlo todo, se entregan con inusual denuedo a múltiples carnavales, aunque ellos prefieren ingerir bebidas energizantes a base de variadas frutas y legumbres ricas en betacarotenos, combinados con pequeñas píldoras bajo el sugerente nombre de *plenitud*: unos y otros saben que corren la extraña suerte de vivir en el epílogo de los tiempos, en el cenit de la condición humana y lo dicen —o lo gritan— a voz en cuello. Los primeros se sienten los últimos testigos de la civilización con rumbo, oyen aún dentro de sus cabezas y con la ayuda de aparatos sofisticados injertos en sus orejas palabras como progreso, orden, desarrollo; los últimos, sin desvergüenza o cinismo, conocen su papel en la ópera bufa final y se arrojan a las aguas de lo que pueda venir, o de lo que no llegará jamás. No es que los dioses los hayan abandonado, no. Están de vuelta, más cerca que nunca, por doquier: son legión en una metrópolis de cultos sin fin: tribu enorme que confunde lo mismo que arroba. Sus nombres son impronunciables, acaso porque no dicen nada. Vienen y van desconcertados ellos mismos, sin saber bien a bien su papel: los hombres los traicionan y los cam-

La educación de nuestros héroes

(Fragmento de novela inédita)

Pedro Ángel Palou

bian y ellos, los dioses, humillan, cometen latrocinios curiosos y atropellos producto de su pánico inédito contra los propios seres que los adoran para abandonarlos también sin miramientos un día o una noche cualquiera. Babel de lenguas en el que no existe otro idioma común que el de la vacilación. Por doquier florece la virtud noble de la frivolidad. Si no fuera excesivo podría decirse que en el final reina, como en el inicio, el caos.

Así la situación en todo el vasto territorio de *Frontera*, amplísimo país si es que puede llamársele de esa forma a una extensión tan grande de tierra. Su nombre es su negación. Empezó siendo eso, literal: una franja entre dos regiones secularmente enemistadas y a las que dividía primero un largo río y luego una enorme barda a la que encima le colocaron una espinosa y mortal cerca de alambre para quien osara llegar hasta la altura y pretendiese cruzar. Nadie sabe bien a bien cuándo comen-

zaron a derribar el muro y a llenar el río de puentes de toda índole, pero un día las dos comarcas vecinas vinieron a ser una sola; el mismo azar que las juntó consiguió que el nuevo e inabarcable espacio unificado viniera a llamarse con el apelativo de la cicatriz que lo separó largamente, *Frontera*. Pero no existe aquí sosiego alguno; los humores viran constantemente, junto con las estaciones o con el color de las horas: sutiles impresiones del aire que rompen una y otra vez la docilidad de los días; los tiñen de luces rojas. Desaparecieron el norte y el sur de ese muro atroz, y ahora es difícil saber dónde termina *Frontera*, dónde se hallan ya las fronteras de *Frontera*. Hacia el sur se la llama *Terra Incógnita*, aunque se la conozca y guerras y sangre hayan establecido la única vía de comunicación con esos otros a los que de cuando en cuando se les recibe para hacer trabajos duros, que ya a nadie interesan pero alguien tiene que realizar.

Las normas migratorias se han hecho cada vez más crueles, sin embargo. Del otro lado, donde antes estaba el norte, solo hay la nieve, el *Ponto Euxino*, los despo- blados territorios del frío.

En ese singular silencio de la hora referida Rinaldi cruzó el umbral del maestro del tatuaje, Grage, con quien había hecho una cita anticipada meses atrás. La inscripción, le explicó, debería hacerse en el lado del corazón. El propio Rinaldi la dibujó con obsesiva paciencia en una hoja que tendió al artista. Grage la estudió con esmero, intentando hallar la cifra escondida tras la intrinca- da figura que danzaba inquieta sobre el papel. Tardaremos unas tres horas, le explicó. Rinaldi no tenía prisa, había esperado medio año para que el mejor tatuador de *Frontera* sellase sobre su pecho la divisa de su grupo, los *Durmientes Despiertos*, aunque hasta ese momento fuera él su único miembro. Grage extrajo sus utensilios y limpió el pezón de Rinaldi con una sustancia excesivamente fría. Sirve como anestésico también, re- firió; empezaremos con el rojo, con el eje del dibujo, aseveró ta- jante y no volvió a pronunciar palabra. La aguja se hundió en el pecho con un pinchazo cruel, sorpresivo y brotó un hilillo de sangre. Rinaldi se cuidó de gritar, o simplemente de gemir. Por toda huella de sufrimiento el sudor de su frente. Soportó la agonía con la fuerza de la imaginación. El artis- ta hacía su trabajo con un dejo de crueldad como si supiera que lo bello es una herida, y que deja ci- catriz. Grage se burló entonces de los empeños del joven, pero conforme fue realizando su trabajo y completando la obra el tormen- to dejó de ser insoportable y se confundió a veces con el placer. Trescientos veinte pinchazos de la aguja y poco más de tres ho- ras después el artista acercó un

roto azogue al casi vencido lien- zo humano, quien aprobó la reali- zación sin siquiera mirarla y dejó una descomunal suma en manos del maestro. Afuera del taller le esperaba su conductor. Llévame donde Telfusa, alcanzó a decirle antes de desmayarse en el asien- to trasero.

Rinaldi despertó en los bra- zos de la mujer, largo rato des- pués, hundido en una enorme tinaja. O más bien recostado sobre el cuerpo generoso de la dueña del *hammam*, quien con delicadeza le pasaba una espon- ja de mar sobre el tatuaje para fijar los colores con ayuda de la elevada temperatura del agua. Abrió los ojos y recibió un beso más bien maternal de su aman- te. Te ha buscado tu padre, pare- ce que le urge comunicarte algo, le dijo o le murmuró con cariño. No podía pensar en él ahora, le escocía el pecho y le dolía cada uno de sus músculos. Telfusa le hizo beber lentamente un líquido viscoso. Se arqueó, sin llegar al vómito. Le explicó que el bre- baje calmaría el dolor y lo regre- saría al mundo de los vivos. ¿Por qué ese insecto?, inquirió la mu- jer señalando el hermoso dibujo en el pecho, pero no hubo res- puesta. Las claves no se revelan, los secretos no se comparten o dejan de ser secretos. Algún día iniciaría a Telfusa en los miste- rios de los *Durmientes Despiertos*, se dijo. ¿De qué está hecho el de- seo, cuál es su oscura consisten- cia? No valía la pena responder allí, entre los senos todavía firmes de la mujer, esas preguntas ocio- sas. Besó sus pezones erectos y los lamó y los mordió como un recién nacido que no encuentra alimento, que sabe que no hallará jamás otro líquido que no sea su propia saliva en los pechos de una mujer. Abandonó el empeño y se dejó hacer, entregado a los place- res que la matrona, mucho mayor

que él, le proporcionaba; el do- lor se desvaneció, como le pro- metió ella poco antes. Pasó sus manos hábiles por la piel del mu- chacho, reconfortándolo. El calor del agua, el vapor que semejaba un extraño rocío impregnando de lunares los cuerpos de ambos, el hermoso regalo del tiempo dete- nido, todo eso era Telfusa. Las vi- sitas a su negocio se habían hecho más continuas y ahora pasaba por allí casi todos los días y se que- daba a dormir más de una noche a la semana agotado por fiestas y jóvenes mujeres que le aburrían después del sexo. Telfusa, en cam- bio, representaba la calma, una curiosa forma de posesión que lo obsesionaba. Se despidió, agra- decido, con un beso, y como de costumbre, le dejó también una generosa suma. Telfusa, repitió su nombre al besarla con efusión y recibir por parte de ella una gene- rosa y húmeda respuesta. Telfusa, se fue diciendo como si la perdiera irremediamente al alejarse del *hammam*.

Por la noche fue a ver a su padre. La noticia lo desconcer- tó: acababa de ser destituido del Senado. De su modesto papel de Secretario Perpetuo del Senado, dijo textualmente. Había come- tido un error imperdonable, refirió. Pero no quiso decir cuál, los misterios deben guardarse así, de toda divulgación o dejan de ser misterios. Debía ahora salir para siempre de *Frontera*. El ostracis- mo se había convertido en la me- dida punitiva más socorrida para castigar a los miles de funciona- rios que hacían posible que la pesada máquina burocrática del Senado pudiese andar, pero que erraban el rumbo a juicio de esa soberanía. Y es que con el correr de los tiempos la moderna demo- cracia de *Frontera* se fue modifi- cando de tal modo que ahora se gobernaba colectivamente. Pri- mero, en los tiempos iniciales de



Osvaldo Cantero Sandre: *En la pintada*

la unificación, el Senado elegía un Jefe de Gobierno cuyo cargo era vitalicio. Más de uno pereció envenenado por ser o muy apto o terriblemente ineficaz, idénticas formas de entorpecer la política. Luego se consideró que un tiempo prudente, de diez años, sería el límite máximo para que un Jefe de Gobierno permaneciese en su puesto. Los problemas ocurrieron al concluir ese lapso perentorio y hubo que construir grandes villas amuralladas en las que el antiguo jefe máximo y su familia, por ley, eran recluidos para siempre. Todo sistema político, le había dicho alguna vez su padre, tiende a la complejidad, por eso el Senado decidió finalmente prescindir de la figura del Jefe Supremo y así rotar entre sus miembros la coordinación de todos los esfuerzos de gobierno, con excepción de los jueces,

hábilmente supeditados e independientes del propio cuerpo senatorial. Hace tiempo que Rinaldi no era capaz de calcular la edad de su padre, pero a ciencia cierta le era conocido que en todas esas épocas siempre fue el Secretario Perpetuo del Senado. Porque la memoria juega sus propias cartas, Rinaldi allí, delante de su padre, no escuchaba ya lo que le comentaba acerca de su tragedia, no lo veía siquiera. Estaba muy lejos, en un día similar, muchos años antes, en el que fue llamado al despacho del padre en la enorme casa para ser reprendido por su errónea conducta sexual. Esas fueron las palabras del padre. Durante una hora le estuvo leyendo capítulos enteros del tratado de Moritz Kaposi sobre la sífilis y otras enfermedades venéreas, del que de cuando en cuando extraía conclusiones edificantes. ¿Cómo

se había enterado su padre de su incipiente interés por el sexo, de sus apenas furtivos encuentros con mujeres? Entonces, después del larguísimo sermón anatómico vino la reprimenda moral. Del cajón central de su escritorio extrajo el diario que el hijo llevaba desde hacía apenas unos meses. La humillación, la desnudez, el más lacerante oprobio se cernió sobre Rinaldi –o sobre el rostro enrojecido de Rinaldi que no atinaba a decir palabra aunque quisiera reclamarle con violencia al padre esa intromisión terrible, el delito de haber hurgado en sus papeles, en sus anotaciones privadas—. Llegué a él por casualidad, le dijo entonces su padre, y abrió al azar una página. Se aclaró la voz y leyó: “Anoche, después de la fiesta, en casa de Diana, el sabor dulce y amargo de su cuerpo. Casi nos desvestimos afuera,



Rafael Durán/La Fototeca del Pueblo: de la serie *Xinacates*

ansiosos como perros en celo”, se interrumpió solo para preguntar, ¿es necesario que prosiga? Todas las páginas están llenas de lo mismo, con muchas, demasiadas mujeres distintas, diría yo. Rinaldi quiso decirle que no era un diario sino los apuntes de una novela que estaba escribiendo, pero el padre no lo dejó. La mirada del padre, más bien. ¿Lo perdonó alguna vez por haber ingresado en un territorio que era solo suyo, allí donde estaban no solo sus palabras sino detrás de ellas sus incipientes descubrimientos sobre él mismo y sobre los otros, aunque fueran mayoritariamente *otras*? No se lo había preguntado nunca, pero lo sope-

só por vez primera en este nuevo encuentro: ahora aquí se hallaban ambos, otra vez casi sin palabras. ¿Qué habría hecho su padre para merecer tamaño castigo del Senado? Él, su más fiel lacayo, era condenado al exilio: el error, entonces, hubo de ser terrible. No inquirió más, sin embargo, y se despidió con calculada efusión de su progenitor, quien le extendió un sobre lacrado antes de despedirse finalmente. No lo abras hasta que te sientas en peligro de muerte, esos documentos son tu salvoconducto, sentenció el anciano. Esas fueron las últimas palabras que escuchó de su boca; su padre iría al *Ponto Euxino*, a la tierra del frío, desde donde tampo-

co se le permitiría escribir cartas. Entonces su padre le dijo, como única explicación: “Es difícil defenderse en una época cuando se ha vivido en otra”. Se dieron un prolongado abrazo y Rinaldi volvió a encontrarse con la noche, su verdadera casa. Pero no, no pudo perdonarlo. **LPyH**

Pedro Ángel Palou es narrador. Egresado de la BUAP. Actualmente enseña literatura en Tufts University (Estados Unidos). Autor de *Amores enormes*, *Con la muerte en los puños*, *El diván del diablo*, *En la alcoba del mundo*, *Paraíso clausurado*, *Todos los miedos*, *Cuauhtémoc*, *Morelos*, *Zapata*, *Pobre patria mía*, entre otros títulos.